

Duermen en sus cajas nerviosas jaurías
para que los reyes atisben venados
y alegren los ecos de las lejanías.

Hay amplios salones
en donde es bien fácil bailar el minué;
hay velos y ajorcas y etéreos crespones
para que en las fiestas dance Salomé.

Pájaros que ensanchan sus alas de cobre
como si añorasen contornos perdidos:
aleros distantes; marquesinas sobre
las que se deslustran los huérfanos nidos.

Hay osos polares,
osos fatigosos;
osos cuyos ojos son crepusculares,
quietos, silenciosos,
con ese silencio que aduerme los mares.

Todo un mundo vive en estos estantes
de ingenua alegría,
en la que una mano de ensueño me guía
como si buscara las horas distantes
de la primera de mi fantasía.

¿Por qué, si soy hombre, se van mis cariños
tras estos remedos de fáciles nombres...?
¿Será que ante el mundo de Dios somos niños,
como ellos ante estas figuras son hombres?

Niño de alba frente, de pupilas grises,
dí tú lo que quieres:
te daré caballos para tus placeres,
vapores si anhelas ir a otros países;
un sable y un kepis que atraigan mujeres...

MANUEL SEGURA

San José, C. R., diciembre, 1921.

CUENTO DE NAVIDAD

POR ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA

NOCHES de diciembre. La luna en-
vía sobre la ciudad la dulzura
de su luz. La brisa corre por las calles,
mueve el ramaje de los árboles, des-
hoja en los jardines los cálices de las
flores, y se lleva cantarina y vagabun-
da, su carga de sutiles aromas. La
brisa fina y cantante en cuyo seno in-
visible se rompen mil melodiosos cris-
tales, y la luna dulce y transparente
en cuya plata ideal se desmayan mil
lirios, se mezclan, se funden en algo
vibrador, etéreo y misterioso, que
forma la armonía de la noche pascual.

Y cristales de brisa y lirios de luna
que se rompen y deshojan, cantan
sobre la ciudad la doliente romanza de
diciembre. Y aquellos cristales de bri-
sa, y aquella plata y lirios de luna, y
aquellos aromas errantes, con habili-
dad de duendes, han penetrado en las
almas, y la población discurre hacia
las plazas y los templos. Todos van,
unos alegres, otros tristes, quienes
melancólicos, tales, indiferentes; y
todos recitan su interior poema, azul,
o rojo, o negro o gris.

La multitud invade las plazas y los
templos y las calles. Y allí se confun-
den todas las sonrisas y todos los ges-
tos. Hay pupilas juveniles en donde
el dolor ha puesto sus anémicos bri-
llos, y envejecidas pupilas en donde la
alegría muestra aún su rutilante cen-
telleo; sonrisas marchitas en labios
frescos y bocas ajadas con frescura de
risas.

Y pasa el enamorado que va hacia
la casa de la novia con el alma llena
de amorosos ensueños, y pasa el an-
ciano añorando días idos, y la mujer
cuyo corazón es una campanilla de
oro, y el hombre taciturno cuyo espí-
ritu es un nudo de víboras, y el pre-
ocupado que enreda y desenreda la
complicada malla de su intriga, y el
soñador que mira cómo se desenvuelve
en vagos anillos el humo de su qui-

mera, y la que feria en amor, que
lanza de sus ojos negros o azules,
sobre la honda humana, sus encorva-
dos anzuelos, y el borracho que tam-
balea su borrachera hacia la taberna
más próxima, y el pilluelo famélico y
desarrapado que vocea su comercio
ambulante...

Sobre la honda humana que va y
viene, que fluye y refluye, las campa-
nas de todos los templos vierten su
clangoroso cantar. Lejanas y próxi-
mas, de un campanario a otro, vuelan
las roncadas voces de las campanas cató-
licas, y tejen en el aire con sus mil
notas, bárbaramente armoniosas, una
solemne urdimbre orquestal.

Y por entre la multitud que pasa,
todos en su tráfigo y afán, pasa tam-
bién el poeta.

Para el poeta la noche pascual de
diciembre tiene su misterio que des-
cubrir. El se ve rodeado de un vago
enigma y él aspira a encontrar su
clave misteriosa. Formas palpables de
ese vago misterio son aquel dulce ma-
nantial de plata que constantemente
fluye de la luna, aquella brisa canta-
rina, en donde se rompen perpetua-
mente mil cristales, aquellos aromas
errabundos en donde vuela el alma de
los jardines, aquellas gentes indife-
rentes o preocupadas que trafican,
aquel canturreo de campanas...

Todas esas cosas impalpables y
trémulas que deambulan y voltijan
en la noche de diciembre, son letras,
son sílabas, son cifras, son frases trun-
cas, son retazos de palabras, que el
poeta tiene que engarzar en el hilo de
oro de su estilo, para construir el
poema disperso, poema, que es casi
siempre melancólico o triste.

Diríase que al maravilloso collar de
ese poema se le ha roto el hilo de seda
o de oro que lo ataba, y las perlas
andan ahora todas sueltas, y el poeta
tiene que recoger y enhebrar, una a

una, todas las perlas. El las mira en
todas partes, aquí, allá y acullá, ha-
ciéndole guiños trémulos, con el par-
padear fosforescente de sus orientes
mágicos. En aquella luna y en aquella
brisa, y en aquellos aromas, y entre
aquella multitud van las perlas revuel-
tas del disperso poema. Y entre todas
aquellas cosas vibrantes de la noche
de diciembre, va cantando sólo para
los oídos del poeta, su inefable armo-
nía, el Cuento de Navidad.

¿En dónde está ese cuento? El sabe
que existe, que le rodea, que está muy
próximo, que está en el corazón de
los que mira, que está en su propio
corazón. A su oído llega como un
murmurar amoroso de mujer, como el
aletear de una mariposa encantada.
El tiende los oídos y el alma por don-
de escucha el confidente rumoreo, por-
que el poeta es algo más que un arte-
sano de rimas, algo más que un colec-
cionista de frases, algo más que un
jardinero de palabras.

El no inventa poemas de amor o de
dolor; él no hace sino traducir la uni-
versal quejumbre. El poeta es un ser
misterioso por el cual hablan los que
sufren, los que anhelan, los que sus-
piran. El poeta es un ser fantástico a
quien le acontecen cosas fantásticas...

Por eso cuando el poeta paseaba en
la noche de diciembre entre la turba,
queriendo encontrar el poema invis-
ble de la noche pascual, se vió de
pronto solo, y de manera inesperada,
en una calle de la ciudad. La calle,
alumbrada por la luna, era una calle
de ensueño. De una de las casas, sur-
gía por las ventanas un caudal de luz,
y una orquesta famosa compuesta de
extraordinarios instrumentos, derra-
maba en el ambiente sus deliciosos
acordes. En aquella casa rica, llena
de mil luminarias, rumorosa de mú-
sicas, atravesaban afanosos criados,
llevando en fuentes de plata doradas
golosinas. Aquella casa era la casa del
niño rico, del niño rico que en aquella
ciudad como en muchas otras, tenía,
en esa misma noche de diciembre, su
fiesta de navidad. En la casa del niño